

MARQUÉS DE CUSTINE
CARTAS DE RUSIA
RUSIA EN 1839

EDICIÓN DE
PIERRE NORA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Lettres de Russie*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la introducción y de la edición, 1975 by Éditions Gallimard
© de la traducción, 2019 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, estancia del Palacio de Invierno

ISBN: 978-84-17346-54-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 3586-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

| | |
|---------------------------------------|----|
| <i>Introducción</i> | 7 |
| <i>Nota sobre la presente edición</i> | 33 |

CARTAS DE RUSIA

| | |
|--|-----|
| <i>Prólogo</i> | 37 |
| Ems, 5 de junio de 1839 | 41 |
| Travemünde, 4 de julio de 1839 | 43 |
| A bordo del <i>Nicolás I</i> , 8 de julio de 1839 | 46 |
| San Petersburgo, 10 de julio de 1839 | 69 |
| San Petersburgo, 11 de julio de 1839, por la noche | 83 |
| San Petersburgo, 12 de julio de 1839, por la mañana | 96 |
| San Petersburgo, 12 de julio de 1839, por la noche | 111 |
| San Petersburgo, 14 de julio de 1839 | 122 |
| San Petersburgo, 15 de julio de 1839 | 140 |
| San Petersburgo, 19 de julio de 1839 | 152 |
| San Petersburgo, 21 de julio de 1839 | 158 |
| San Petersburgo, 22 de julio de 1839 | 171 |
| Peterhof, 23 de julio de 1839 | 182 |
| San Petersburgo, 29 de julio de 1839 | 199 |
| San Petersburgo, 1.º de agosto de 1839 | 225 |
| San Petersburgo, 2 de agosto de 1839 | 234 |
| San Petersburgo, 2 de agosto de 1839, a medianoche | 256 |
| San Petersburgo, 3 de agosto de 1839 | 263 |

| | |
|--|-----|
| Pomerania, casa de postas, a dieciocho leguas de San Petersburgo, 3 de agosto de 1839 | 274 |
| Klin, pequeña ciudad a unas pocas leguas de Moscú, 6 de agosto de 1839 | 279 |
| Moscú, 7 de agosto de 1839 | 287 |
| Moscú, 8 de agosto de 1839 | 299 |
| Moscú, 11 de agosto de 1839 | 309 |
| Moscú, 11 de agosto de 1839, por la noche | 337 |
| Moscú, 12 de agosto de 1839 | 350 |
| Tilsit, 26 de septiembre de 1839 | 362 |
| Estación termal de Ems, 22 de octubre de 1839 | 363 |
| <i>Resumen del viaje</i> | 365 |
| <i>Apéndice (noviembre de 1842)</i> | 389 |

DOSIER

| | |
|---|-----|
| <i>Los informantes rusos de Custine</i> | 401 |
| <i>La acogida de la crítica</i> | 409 |
| <i>Nota biográfica (1790-1857)</i> | 417 |
| <i>Cronología del viaje de Custine</i> | 425 |
| <i>Bibliografía</i> | 429 |

INTRODUCCIÓN

«El viaje es un drama». Para que dos meses de estancia en la Rusia de Nicolás I le arrancasen a Custine este grito fue necesario que la inmensa desgracia histórica de Rusia despertara en este hombre, que fue el primero en comprenderla, ecos imprevisibles pero preparados desde tiempo atrás por un destino excepcional.

Y, en primer lugar, por la interiorización de una desgracia sin memoria. Cuando se está destinado a llevar el nombre de Astolphe Louis Léonor, marqués de Custine, realmente no resulta nada oportuno que el momento elegido para venir al mundo sea unos meses después de la toma de la Bastilla. Como tampoco lo es tener cuatro años cuando su abuelo, y luego su padre, suben a su vez al cadalso. O ser criado como una criatura solitaria, en un *château* de Calvados, entre una madre demasiado querida y excesivamente amable, la bella y almibarada Delphine de Sabran, mitad madre coraje y mitad casquivana, y su ilustre e infiel amante, Chateaubriand, cuyas estancias en Fervaques evocará, mientras desde su ventana pesca carpas en los fosos, entre dos frases de *Los mártires*: «mi primer guía en la vida», «el hombre que ejerció sobre mí, en mi juventud, la mayor influencia». Entre estas dos presencias agobiantes, ¿cómo no había de ser difícil la iniciación a la vida de este joven sombrío y enfermizo, sediento de un alma gemela, intoxicado de introspección y cuyo autorretrato comienza así: «A los dieciocho años, siento que todo ha terminado para mí en este mundo»? Hermano de leche de *René*, une a una sensibilidad romántica que bebió en la intimidad misma de su creador una herida existencial secreta y misteriosa para sí

mismo durante mucho tiempo: «En cualquier condición que el cielo me hubiera hecho nacer, mi sino hubiera sido la desdicha». Sufre vértigos, terribles dolores de cabeza como consecuencia de un accidente. En sentido literal, se da con la cabeza contra la pared.

Y cuando, tras una interminable adolescencia atormentada por todas las contradicciones, tras el vagabundeo por la Europa de las grandes familias desafectas al Imperio, después de que su madre hubiera tratado en vano de incitarlo a entrar en el Ejército del conde de Artois y en los momentos previos al Congreso de Viena—«Heme aquí al borde de la riqueza y de los honores, pero no creo que pase del umbral»—, luego entre los brazos de ricas herederas de nombres proustianos, como Albertine de Staël, la hija de la duquesa de Duras—pero ¿qué es lo que le pasa a ese hermano del héroe de *Armance*, para romper siempre la víspera de los esponsales con bellas cartas ambiguas?—, cuando, finalmente, a los treinta años, lo vemos casado con una discreta belleza de la nobleza de provincias, e incluso padre de un niño, su joven mujer muere en el postparto a los veintiún años.

Aún se está a tiempo de evitar la deshonra, la verdadera, la catástrofe sin apelativos que cambiará para siempre el curso de su existencia: el 28 de octubre de 1824, todo París se entera por las gacetas de que el señor marqués de Custine ha sido encontrado esa mañana lluviosa medio desnudo al fondo de un foso de Saint-Denis, tras haber recibido una paliza de muerte a manos de los camaradas de regimiento de un soldado con el que tenía una cita amorosa.

En pleno gobierno Villèle, y un mes después de la coronación de Carlos X, semejante aventura no perdona, cuando está en pleno apogeo la Francia ultra y la Cámara «recontrada» que se dispone a votar con devoción la llamada ley del sacrilegio y la indemnización a los emigrados.

Comentarios de los amigos más benevolentes: «Es ya un hombre que ha tocado fondo, arruinado, marcado por el escarnio público», «no le queda más consuelo que el de la religión». El faubourg Saint-Germain levanta un telón de acero y manda al culpable al banquillo de la infamia. Para siempre. Y como si hiciera falta que apurase el cáliz hasta las heces, una meningitis se lleva a su hijo, y su madre muere a su vez consumida por la tristeza.¹

De esta crisis emergerá lentamente otro hombre, el futuro autor de las cartas que siguen. Un hombre que no soportará ya las hipocresías de la moral al uso ni los conformismos de su casta, un hombre de ninguna parte, dolido y mutilado, pero reconquistado: un hombre libre, un Oscar Wilde enormemente rico que vive en pareja oficialmente con un joven inglés, Édouard de Sainte-Barbe, «el esclavo» cuya fidelidad perdurará más allá de la muerte; hace callar con su vida lujosa a una sociedad que no le admitirá nunca más y a la que deslumbra con su munificencia, sus fiestas, su conversación, una de las más célebres de su tiempo, un ambiente literario por el que desearía desesperadamente verse reconocido. Pero también en esto se produce

¹ Su madre, a quien no nos resignamos a dejar sin antes citar la extraordinaria oración fúnebre que le dedicaría más tarde Chateaubriand, en las *Memorias de ultratumba*, y que cuando Custine la leyó encontró su música un punto demasiado retórica y académica para una mujer que le había amado durante veinte años: «He visto a la que arrojó el cadalso con tamaño valor, la he visto, más blanca que una Parca, vestida de negro, el talle adelgazado por la muerte, la cabeza adornada con su sola cabellera sedosa, la he visto sonreírme con sus pálidos labios y sus bonitos dientes, cuando abandonó Sécherons, cerca de Ginebra, para expirar en Bex, a la entrada del Valais; he oído su ataúd pasar de noche por las calles solitarias de Lausana para ir a ocupar su lugar de descanso eterno en Fervaques: se apresuraba a ocultarse en una tierra que no había poseído más que momentáneamente, como su vida» (*Memorias de ultratumba*, vol. II, trad. José Ramón Monreal, Barcelona, Acantilado, 2006, pp. 686-687).

un nuevo fracaso. *Aloys ou le religieux du Mont-Saint-Bernard*, publicado en 1827, sin nombre de autor, es una breve y mal disimulada autobiografía en la que el tema es el de *Armance*, que data del mismo año. *Le Monde comme il est* (1835) inspira a Jules Sandeau, en *Le Figaro*, el siguiente juicio que expresa la opinión general: «Monsieur de Custine es un gran señor, un hombre dotado para el arte, con gracia e ingenio, al que sólo le falta un secretario». Cuando vio la luz *Ethel* (1835), nueva novela sobre las costumbres de la buena sociedad de Londres y de París, la crítica escurió el bulto, y más tarde *Romuald ou la Vocation* (1848), en cuatro tomos, no le valdrá más que el favor de los periodistas interesados por su reputación de mecenas. Una obra teatral, *Beatrice Cenci*, no tuvo más suerte, a pesar de los ríos de oro distribuidos por Custine para hacer que fuera admitida en la Comédie Française. Victor Hugo y George Sand, Théophile Gautier, Balzac, Stendhal, Lamartine y Baudelaire, que le rendirá sin embargo un homenaje póstumo, desfilan por la mesa que se ha vuelto célebre de la rue La Rochefoucauld, animan las fiestas de Saint-Gratien, la propiedad comprada en el bosque de Montmorency tras la liquidación de Fervaques, pero Custine no obtendrá de ellos más que cumplidos en privado. «En toda mi vida sólo he ambicionado una cosa—confesaré a su vieja amiga Sophie Gay, en 1843, cuando *Rusia en 1839* le haya valido finalmente, pese al silencio eterno de la prensa, un enorme éxito de ventas—: ocupar un lugar entre los buenos escritores de mi tiempo y ser considerado uno de ellos». En vano. Sin familia está, y así quedará.

Custine, el hombre de todos los exilios. Exiliado histórico de esta gran familia decapitada del Antiguo Régimen, excluida del juego por la Revolución y el nuevo orden mundial. Exilio moral de este hombre condenado a practicar, con una soberbia de gran señor, unas costumbres que él

mismo siempre consideró un vicio contra el cual protestaba su fe ardiente, a la vez mística y estrechamente dogmática, un catolicismo aprendido desde la infancia, en el que no dejó de encontrar consuelo y censura, algo como la tentación del claustro. Exilio social de este aristócrata brutalmente expulsado de una casta dominada de manera repentina y simultánea, en esos años de santurronería de 1825, por la vuelta a una religiosidad penitente y por las estrecheces de una naciente moral burguesa. Exilio literario también, dado que su falta de creatividad lo relegaba a la condición de aficionado a los ojos de ese mundo romántico que pasó de la bohemia a la Academia, y que lo condenaba a las hipérboles de complacencia en las que Custine es demasiado inteligente para no leer unas muestras de desprecio. Un tema para epigramas y crónicas parisienses, esto es lo que es. Hay que leer las memorias de la época para comprender la reticencia, por no hablar de la repulsión, que inspira Custine en su entorno. La condesa Merlin: «Ese pobre marqués es encantador, pero no puedo tocarlo, su mano me repugna..., ¡es pegajosa!». O también la primera impresión sobrecogedora que causa en un salón a Philarète Chasles, profesor del Collège de France que había de comprenderlo y quererlo más tarde, con

sus requiebros del gran mundo que se hubieran dicho apenas viriles, una extraña timidez y una especie de sentimiento personal de rebajamiento y de mortificación poco en consonancia con los vivos destellos y las fulgurantes ideas filosóficas, las observaciones atrevidas que brotaban de esa densa mezcla de modestia dolorosa y de melancolía, de misticismo y de baja sensualidad».²

² Citado por el marqués de Luppé en su biografía de Custine (Mónaco, Éditions du Rocher, 1957). Cf. Philarète Chasles, *Mémoires*, t. I., París, G. Charpentier, 1876, p. 309.

Un barón de Charlus, pero en sus momentos más bajos, sin bombos ni platillos, un Maurice Sachs que hubiera trocado el Boeuf sur le Toit por el salón de Madame Récamier.

Último exilio, en fin, al que deberá esta vez su obra maestra: el exilio político de este legitimista abandonado en las orillas de la monarquía burguesa por la Revolución de Julio y reenviado a los viajes, como otros, hoy en día, a sus amados estudios.

El viaje: la verdadera vocación de este hombre culto, de este ser en fuga, «esa agradable manera de pasar la vida», «la historia—dice también—analizada en sus resultados».

La iniciación había comenzado tempranamente, durante esos tres años que, de 1811 a 1814, le habían permitido conocer Europa en el séquito de su madre, acompañada por un nuevo amante que supuestamente debía servir de médico y de psiquiatra al hijo: el valle del Rin, Suiza e Italia. Ésta fue su única educación, su escapada al mundo y a la vida, las lenguas, el arte, las costumbres y los monumentos. Será en esta época cuando encuentre su estilo, al que permanecerá fiel hasta Rusia: cartas imaginarias a los amigos, escritas en principio *in situ*, pero de hecho largamente meditadas a partir de notas de viaje, una técnica que le permite a la vez la crónica vivida y la digresión filosófica, el aforismo y la referencia a sus predecesores, por no hablar del curso de historia o de la entrevista que tiene con el emperador Nicolás I (en realidad, ¿acaso no es la primera vez que se recurre a este procedimiento?). Una composición siempre chapucera que tiene algo de popurrí y de charla de hombre de mundo, muchos fragmentos de puro efectismo, pero también, y sobre todo, una reacción absolutamente personal, un ojo y una sensibilidad increíblemente modernos. Repite la operación con *L'Espagne sous Ferdi-*

nand VII, aunque con ésta se redobla la mala suerte. Custine es tan lento escribiendo su viaje de 1831 que, cuando ve la luz, en 1838, la situación política ha cambiado en ambos países. En España, Fernando VII había muerto en 1833 y la guerra civil enfrentaba al regente apoyado por los liberales con los absolutistas que defendían al hermano del rey, don Carlos. ¿Qué les importaba a los franceses una España que ya no dominaban? El absolutismo del difunto rey contrastaba a tal punto con la distensión liberal inaugurada por la monarquía de Julio que Custine, personalmente dividido entre su extremismo ultra y su liberalismo, entre su hostilidad contra el régimen desaparecido y su desprecio por el nuevo, parecía no querer despejar la ambigüedad.

Y he aquí que, de buenas a primeras, da con la clave. Bastó con entrar en contacto con la realidad rusa, «la disciplina de campamento que sustituye al orden urbano, el estado de sitio convertido en estado normal de la sociedad», para que todo cuanto hasta ese momento había de disperso y de negativo en su personalidad encontrara de repente su proyección positiva. «Tras dirigirme a Rusia en busca de argumentos contra el gobierno representativo, regreso siendo partidario de las constituciones».

La autocracia reveló al aristócrata liberal que había en él. Aunque no vio más que la autocracia, la vio como nadie antes que él. Se ha hecho ya su idea desde que afronta las formalidades de la aduana, e incluso antes, cuando un posadero de Lübeck, punto de paso obligado a la ida y a la vuelta, declara que «un país que se deja con tanta alegría y al que se vuelve con tanto pesar no puede ser un buen país». Su investigación no hará sino argumentar, en cuatro volúmenes pacientemente meditados, un malestar inmediato, una alergia de hipersensible que capta lo inasible al instante. Una brusca química política y moral. Este tipo de precipitado interior no requiere largas estancias, el conocimiento

de la lengua, esas largas y comprometedoras familiaridades que siempre se reprocha no haber mantenido a los viajeros cuya crítica escandaliza. Custine es de la raza de esos intuitivos de genio que siempre lo han comprendido todo entre la estación y el hotel.

Le faltaba el aliento en ese régimen que él fue precisamente el primero en describir y denunciar como tal, con «una opresión disfrazada de amor al orden», «pero un orden social que cuesta demasiado caro en Rusia para que yo lo admire», «su nobleza cortesana», «el secreto que lo preside todo», ese «fanatismo de obediencia» que lleva a los rusos a «confundir las terribles virtudes de sus señores con el benéfico poder de sus santos patronos, y se esfuerzan en poner las crueldades de la historia al abrigo de la fe». Una sociedad en la que «no es posible ninguna clase de felicidad porque, por una ley natural, el hombre no puede ser feliz sin libertad», una sociedad condenada a la mentira generalizada, pues «decir la verdad sería subvertir el Estado», a la manipulación permanente de la historia en vista de «la necesidad que tiene el dueño y señor de rehacer los hechos». El espionaje permanente y la mistificación, el odio a la mirada extranjera, pues «el régimen político de Rusia no resistiría veinte años de libre comunicación con el occidente de Europa». «Supuestos progresos que no son sino una imitación servil de Europa», una Europa surtida de una insondable mezcla de orgullo y de humildad. Un «país en el que dominan las pasiones desenfrenadas o los caracteres débiles, de rebeldes o de autómatas sin una vía intermedia entre el tirano y el esclavo». Y, por encima de todo, una «ambición desordenada, inmensa», ley soberana de «esta nación fundamentalmente conquistadora», un imperialismo «que sólo puede germinar en el alma de los oprimidos y nutrirse de la desgracia de toda una nación que [...], ávida a fuerza de privaciones, expía por adelantado, merced a una sumi-

sión degradante, la esperanza de ejercer la tiranía sobre los demás». El emperador es el único que escapa a la condena, no por su propia personalidad, sino por la odiosa autoridad que encarna y que hace que su persona sea inevitablemente interesante: ¿de qué hablar sino de él? Y otro de los motivos de queja, de los descubrimientos de este moralista, sigue siendo que una de las leyes de la monocracia—incluso cuando no llega a ser odiosa, como en la Francia de Luis XIV o en la Francia de De Gaulle—es reducir el análisis político a una perpetua psicología. «¿Qué es lo que el hombre puede haberle hecho a Dios para que sesenta millones de sus semejantes hayan sido condenados a vivir en Rusia?». Y «ante este imperio de silencios profundos, de grandes espacios vacíos, de campiñas desnudas y ciudades solitarias, de fisonomías prudentes cuya expresión poco franca hace que me parezca vacía la propia sociedad», Custine, con una compasión que muestra su grandeza, escribe esta frase notable: «Es un fenómeno moral del que no se puede ser testigo sin derramar lágrimas de sangre». Rusia operó en él una conversión: «¿Es culpa mía si, al ir a pedir a un gobierno absolutista argumentos nuevos contra el despotismo que reina entre nosotros, contra el desorden bautizado con el nombre de libertad, no me han impresionado más que los abusos de la autocracia?».

Se impone el paralelismo con Tocqueville, esa otra inteligencia legitimista a la que podemos remitirnos, cuyo primer tomo de *La democracia en América* veía la luz precisamente en 1835. Un paralelismo que puede parecer sin duda fuera de lugar, en la medida en que el treintañero Tocqueville, que da nuevo vigor a Montesquieu y funda la moderna ciencia política, es con respecto al esteta quincuagenario un espíritu superior. Custine sufrió su influencia, y puso como epígrafe de su *Espagne sous Ferdinand VII* una cita de *La democracia en América*. Cabe incluso creer, aunque no

contemos con prueba alguna, que el éxito inmediato de *La democracia en América* fue la razón determinante que llevó a Custine, animado por Balzac,³ a visitar el otro polo, la otra avanzadilla de la civilización europea. ¿Es necesario recordar la última página de Tocqueville sobre los «dos grandes pueblos que, partiendo de puntos distintos, parecen avanzar hacia el mismo objetivo, [...] llamados cada cual, por un designio secreto de la Providencia, a tener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo»?

Los dos libros han hecho época: a partir de ese momento ya no se hablará más de Rusia ni de América como se hablaba antes.⁴ Los dos hombres surgen del mismo ambiente social, político y religioso. Las familias de ambos tuvieron que sufrir a causa del Terror. Los dos están particularmente apegados a los valores aristocráticos del Antiguo Régimen, y ven con pesimismo y desprecio la instauración de una monarquía burguesa. Los dos, por último, ven sólo en la religión la razón de ser del orden social. La Revolución, los progresos de la igualdad social, son su problema existencial. El uno parte lleno de escepticismo a analizar el la-

³ Después de *L'Espagne sous Ferdinand VII*, Custine recibió una carta de Balzac que ciertamente tuvo su efecto sobre la decisión de visitar el norte, es decir, Rusia: «Hay pocos libros modernos que puedan compararse con estas cartas [...] Sois el viajero por excelencia. Lo que hacéis me confunde, puesto que me parece que seré incapaz de escribir páginas semejantes [...] Si hacéis lo mismo sobre cada país, reuniréis una colección única en su género y, creedme, sumamente valiosa. Sé lo que me digo. Haré todo lo que esté en mis manos para que os comprometáis a describir así Alemania, la Italia interior, el norte, Prusia. Será un gran libro y una gran gloria» (Balzac, *Correspondance*, vol. III, París, Garnier, 1964, pp. 421-426).

⁴ Véanse las dos obras fundamentales: René Rémond, *Les États-Unis devant l'opinion française, 1815-1852*, 2 vols., París, Armand Colin, 1962, esp. pp. 376-389; y Michel Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle française, 1839-1856*, París, Fayard, 1967, esp. libro III, caps. 5 y 6, que he seguido muy de cerca para la elaboración del Dossier (pp. 399 y ss.).

boratorio del igualitarismo moderno; el otro, cargado de certezas allí donde se conservan las desigualdades tradicionales. Uno está convencido de visitar el infierno, el otro el paraíso. Tocqueville, persuadido de que la fuerza de la democracia americana reside en sus instituciones locales, permanece casi exclusivamente en provincias, apenas visita Washington, y lo hace sólo al final de su viaje y por escrúpulos de conciencia. Custine, yendo al país más centralizado de la cristiandad, centra toda su atención en la capital, la corte y el aparato del Estado.

Pero desde puntos de partida opuestos llegan, sin embargo, a conclusiones idénticas: un escarnio constante que se expresa en unos términos casi simétricos. Tocqueville:

Los principios sobre los cuales las constituciones americanas descansan, los principios de orden, ponderación de los poderes, libertad verdadera, respeto sincero y profundo por el derecho son indispensables a todas las repúblicas [...] Según que tengamos la libertad democrática o la tiranía democrática, el destino del mundo será diferente, y puede decirse que depende actualmente de nosotros que la República acabe siendo establecida en todas partes o abolida en todas partes.

Y Custine:

Tras partir de Francia asustado por los abusos de una libertad engañosa, regreso a mi país convencido de que, si el gobierno representativo ya no es el más moral, lógicamente hablando, es prudente y moderado en la práctica: cuando vemos que, por una parte, preserva a los pueblos de la licencia democrática, y por otra de los abusos más llamativos del despotismo, [...] nos preguntamos si no hay que imponer silencio a sus antipatías y sufrir sin lamentarse una necesidad política que, al fin y al cabo, reporta a las naciones preparadas para ella más bien que mal.

No se equivocó Custine al seguir el ejemplo de Tocqueville, del que demostró no ser indigno. Ni a largo plazo, puesto que, así como Tocqueville captó a través del ejemplo americano el movimiento fundamental de todas las sociedades modernas, Custine caracterizó a través de la autocracia zarista todas las formas de dictadura bolchevique; ni tampoco en lo inmediato, puesto que esta obra maestra de vigilancia crítica y de ferocidad vindicativa le supuso muy pronto, ante un público liberal y burgués, un éxito fulgurante: cuatro ediciones en menos de tres años sin contar las ediciones piratas, doscientos mil ejemplares vendidos en el extranjero en diez años, anuncia Custine con orgullo. Uno de los *best sellers* del siglo XIX: ¿por qué este éxito?

El momento del viaje es aquí de importancia capital. Pues la imagen de Rusia, la potencia que, después de 1815, contaba más para Francia en las relaciones de fuerza internacionales, acababa de sufrir desde 1830 un vuelco súbito y espectacular.

Nunca las relaciones entre los dos países habían sido más estrechas que en los últimos años de la Restauración, después de 1825, con la subida al trono casi simultánea de Carlos X y de Nicolás I. Pero permanecían perfectamente restringidas a las clases dirigentes francesas, nobles y católicas. El pueblo vivía todavía en el recuerdo de la campaña de Rusia y de la ocupación rusa de París, y la burguesía liberal estaba demasiado ocupada en sus luchas políticas internas como para conceder a Rusia algo más que una hostilidad de principio: sólo algún antiguo servidor del Imperio o viajeros liberales, como Ancelot, por ejemplo, con *Six mois en Russie* (1827) o J.-B. May, en una obra cuyo título anticipa en diez años el de Custine, *Saint-Petersbourg et la Russie en 1829*, veían en Rusia el símbolo del despotismo

que, «bajo cualquier forma que se presente, es intolerable por el mero hecho de existir»; o bien Héreau, uno de los raros especialistas que sabía ruso, el cual ironizaba a propósito de *L'Ermite en Russie* de Dupré de Saint-Maur sobre «los chismorreos de esa gente de mundo que nos han acostumbrado a creer que Rusia se limitaba a San Petersburgo y a Moscú, lo que revela el misterio de Rusia más o menos como un viaje de Honfleur a Le Havre nos familiariza con el mar»,⁵ y se apelaba a la *Statistique générale de l'Empire russe* (1829) de Schnitzler, que será una de las raras fuentes seguras de la documentación de Custine.

Pero el hecho es que la Francia restaurada vivía una luna de miel con el campeón de la Santa Alianza, encarnación del principio de legitimidad, ese imperio recién europeizado que, sólidamente asentado en su inmensidad rural y con su sistema social basado en la esclavitud y una nobleza del siglo XVIII, parecía, cual verdadero centinela del orden, la última salvaguarda contra toda evolución liberal, contra todo recrudecimiento revolucionario. ¿Acaso una buena parte de los funcionarios gubernamentales y de las congregaciones, en primer lugar los jesuitas, todopoderosos bajo Carlos X, no tenía un pasado ruso desde la emigración durante el período revolucionario? El barón Maxence de Damas, ministro de Asuntos Exteriores en 1825, resulta ser «el más viejo camarada» de Pozzo di Borgo, el embajador ruso en París: los dos se educaron en el colegio jesuita de San Petersburgo. Polignac poseía una hacienda que había regalado a su familia Catalina II. Dicho sea a título de ejemplo. Una incesante corriente de intercambios, los miembros de la colonia francesa que se quedó en Rusia, o que fueron en calidad de ingenieros, de comerciantes, de profesores o de modistas, la colonia rusa que había conocido en París,

⁵ En *Revue Encyclopédique*, t. 43, 1829, p. 751.

como en el caso de Madame Swetchine y su célebre salón, una patria de adopción, conservaba entre «estas amigas y aliadas naturales», según la expresión de la época, una excepcional intimidad. Nadie se percataba por entonces de la originalidad fundamental de Rusia y de su destino histórico. Todos los notables de Francia celebraban, en revistas y diarios, la europeización de las costumbres de la alta sociedad rusa, el papel de los extranjeros en el desarrollo comercial e industrial, y el tono era de veneración si se trataba de política, y de indulgencia paternalista si se trataba de la cultura. El conde de Montalivet no retrocede ante la apología del «catecismo de Suvórov». ⁶ En cuanto a la esclavitud, oigamos a De Maistre: «La esclavitud está en Rusia porque es hoy necesaria y el emperador no puede reinar sin la esclavitud». ⁷ Punto. Y se va repitiendo la frase clave que disculpa como por arte de magia el atraso de la economía, el analfabetismo, la corrupción administrativa, los rigores de la censura y la brutalidad del Ejército; *el progreso*: «El coloso que pesa sobre el pueblo tiende hacia el progreso. Rusia ve crecer con una rapidez prodigiosa no sólo el número de sus habitantes, sino también su riqueza, sus conocimientos, sus sentimientos morales e incluso sus derechos». ⁸ La alianza con Rusia, en la que Chateaubriand había trabajado con tanto entusiasmo desde «su» Congreso de Verona, seguía siendo la gran idea del reinado de los Borbones; y sin duda estaba muy cerca de llegar, a la mañana siguiente de la expedición de Argel, alentada por el zar, cuando dos hechos de suma importancia, la Revolución de Julio en París y el Levantamiento de Noviembre en Varso-

⁶ En *La Revue de Paris*, 1830.

⁷ Joseph de Maistre, *Quatre chapitres inédits sur la Russie*, París, A. Vaton, 1859.

⁸ J. C. L. de Sismondi, *Revue Encyclopédique*, t. xxv, 1825.

via, iban a interrumpir bruscamente el idilio y a hacer pasar del rosa al negro, a los ojos de todos, incluso de los más favorables, la imagen del imperio de los zares.

La tensión crece con las Tres Gloriosas: Nicolás I no tiene intención de reconocer a Luis Felipe; y cuando éste, movido por la efervescencia nacional, parece brindar su apoyo a la revolución de Bélgica, el defensor de los tronos legítimos agita incluso la amenaza de una nueva coalición anti-revolucionaria. Únicamente lo disuadirán los reproches del embajador Bourgoing: «No lo dudéis, Sire, ante el tribunal de una Europa alerta, los defensores de este dogma serían aniquilados: la habilidad de nuestros escritores nos convierte en dueños de la opinión pública europea»,⁹ y el escepticismo del gran duque Constantino, el cual le advierte sobre el hecho de que «para la opinión pública, ese poderoso e infernal motor de las cosas, Rusia sería tachada de espíritu agresivo».¹⁰ Pero, aunque la nueva dinastía llega a calmar las inquietudes rusas minimizando la importancia del cambio de reinado, el sentimiento popular no lo entiende así. Una burguesía liberal ardiente y numerosa acababa de acceder a la vida política. Había permanecido hasta ese momento ajena a los problemas de una potencia cuya jerarquía social no poseía una clase equivalente. Ahora bien, su viejo reflejo revolucionario y tricolor acababa de ser provocado. Habría bastado con que Rusia volviese a encender una chispa para que se despertase con un furor de cruzada popular y liberadora: ésa fue la insurrección de Polonia y su despiadada represión.

Nada puede dar idea del fervor desbordado con que

⁹ Asuntos Exteriores, correspondencia diplomática 181, folio 289, 28 de agosto de 1830.

¹⁰ Constantino a Nicolás, 25 de agosto de 1830, citado en C. de Grünwald, *La Vie de Nicolas I^{er}*, París, Hachette, 1946, p. 118.

se saludó la sublevación polaca, el delirio de solidaridad belicista por «la Francia del Norte» a la que los franceses se sentían ligados por una amistad secular. Artículos fulgurantes, tormentas parlamentarias, lluvias de opúsculos, avalanchas oratorias. «¡Guerra a los rusos! ¡Muerte a los rusos!»: en París estalla el motín contra el gobierno contemporizador la noche en que el ministro de la Guerra anuncia que «el orden reina en Varsovia». La revolución sofocada demasiado pronto en París resurge como esperanza en otra parte y, en una transferencia de pasión expropiada, los liberales franceses hacen suya la causa polaca. En primera fila de los que se sienten afectados están los católicos, para quienes la insurrección de Varsovia constituye un caso de conciencia. Polonia es católica, los sacerdotes han participado activamente en la insurrección. Por más que el papa los desaprobe formalmente, ¿cómo admitirían los católicos sin horror los rigores de la rusificación en el país pionero del catolicismo? Los católicos liberales no dudan en emanciparse de las consignas de la Santa Sede y, con Lammenais a la cabeza, en tomar partido por la causa de la Polonia aplastada: «Duerme, oh Polonia mía, duerme en paz en lo que ellos llaman tu tumba, pues yo sé que es tu cuna».

Durante años, la causa de Rusia es un debate cerrado. Todos los argumentos ayer invocados por la aristocracia en su defensa, a saber, sus tradiciones históricas, sus fidelidades políticas, su gusto por la cultura y su comunidad de religión, he aquí que de repente toda la Francia liberal los vuelve del revés para justificar su amistad con Polonia. La crisis polaca de 1831 obligó a la opinión pública francesa a elegir entre Polonia y Rusia como entre dos sistemas de valores incompatibles. Además, los polacos fueron tan hábiles que dieron a su lucha un carácter simbólico y sagrado. Pronto la oleada de los exiliados vino a confirmar la elección de la pasión inmediata: la actividad y su propaganda

hicieron estallar la indignación francesa y dieron a sus reivindicaciones la autoridad de derechos inalienables; a su odisea, la aureola del martirio; al abandono por parte del gobierno francés, la apariencia de una traición escandalosa. El calvario polaco fue la causa de una opinión sin causa, la epopeya de una burguesía frustrada en su epopeya. Hacia 1835, en el orden del día ya no habrá más que los relatos de los fugitivos de Siberia, de las salvajadas de los cosacos, hechos efectistas sobre la diplomacia del *knut* ['látigo']. Retrospectivamente se descubre toda la dimensión histórica de la insurrección decembrista de 1825, cuya importancia la prensa de la Restauración había minimizado más o menos voluntariamente. En los bulevares y cafés no se oye ya *La Varsoviennne* de Casimir Delavigne. Una sala entusiasta aplaude a Pleyel en el primer concierto de Chopin y llora con los acentos de la polonesa: «¡Cañones escondidos bajo unas flores!», escribe Schumann. George Sand compara a Mickiewicz con Goethe y Byron, y exclama: «¡Cualquiera que tenga sensibilidad, cualquiera que piense, cualquiera que, en Rusia, merezca aún el nombre de hombre llora lágrimas de sangre por Polonia!». ¹¹ Victor Hugo, que había visto cómo se le reprochaba su silencio, se cree obligado a abordar el tema con una mala estrofa que se encuentra en *Les chants du crépuscule*:

*Triste Pologne! hélas! te voilà donc liée,
et vaincue, et déjà pour la tombe pliée! [...]
Les Baskirs ont marché sur ta robe royale
où sont encore empreints les clous de leur sandale! [...]
Et tes yeux que déjà la mort semble ternir,
tu dis: France, ma sœur! ne vois-tu rien venir?¹²*

¹¹ En «Faust, Manfred, Konrad», *Revue des Deux Mondes*, t. IV, 1839.

¹² Fechado el 12 de septiembre de 1835, *Ceuvres poétiques*, t. 1, París, Pléiade, 1964, pp. 847-848.

[¡Oh, triste Polonia! Hete aquí encadenada, | vencida y con un pie en la tumba [...] | ¡Los bashirs han pisoteado tu manto real, | que aún conserva las huellas de los clavos de sus sandalias! [...] | Y con los ojos, ya empañados por la sombra de la muerte, | dices: «Francia, hermana mía, ¿no ves llegar nada?»].

Durante mucho tiempo, Francia, mal informada de los problemas eslavos, sólo vio Rusia a través de los ojos de los emigrados. De Londres, donde acaba su larga carrera como embajador, Talleyrand, que encuentra allí un motivo para predicar una vez más la alianza con Inglaterra, pone en guardia a Casimir-Périer: «Harán falta muchos años para que Rusia olvide la adhesión moral que ha dado Francia a los acontecimientos de Polonia».¹³

El propio Custine tendrá, para emprender su viaje en 1839, una razón totalmente polaca, un bello y encantador motivo, en la persona de Ignace Gurowski, un joven refugiado al que hospeda desde hace cuatro años en su casa como una pareja de tres y cuyo perdón quiere implorar ante el emperador. Pero el viaje se emprende en un tercer tiempo, cuando una opinión pública ya algo cansada, harta de una Rusia diabólica fabricada por una omnipresente y activa emigración polaca, y hastiada de su propia fiesta, comienza a cambiar de parecer sobre su condena absoluta. Lo que ella demanda es otra cosa. Han pasado diez años. Diez años de frío silencio y de relaciones convencionales, diez años de viajes raros y pasaportes difíciles: para obtener uno, Custine necesitará de dos parientes guillotinado. Los rusos creen poder contar con él para una útil contrapropaganda; lo alientan a venir. Se quiere algo nuevo e informativo, se está preparado para matizar si hace falta. Así pues,

¹³ El 4 de enero de 1838, citado por el vizconde de Guichen, *La Révolution de Juillet et l'Europe*, París, Émile-Paul Frères, 1917.

cuando aparece en 1843 *Rusia en 1839*, un público virtual más amplio que nunca es pillado medio a contrapié, cómodamente instalado en sus prejuicios justo cuando temía que le tocase oír verdades menos duras. Era el comienzo de un cambio que precisamente el propio éxito de Custine truncó en seco, llevando a la opinión liberal el inesperado socorro de una requisitoria de una autoridad que estaba por encima de toda sospecha, que reinará sin disputa y que marcará la pauta hasta la abolición de la servidumbre, el viaje de Anatole Leroy-Beaulieu y el descubrimiento por Eugène-Melchior de Vogüé de la novela rusa. Para ser completamente olvidado a continuación.

Será la guerra fría la que resucite a Custine. Al menos en Occidente, porque en la propia Rusia, acogido en aquel momento con furor,¹⁴ prohibido hasta la Revolución de 1917 e inmediatamente después, nunca ha dejado de circular bajo mano y de ser reimpresso clandestinamente. La última traducción data de 1930, bajo los auspicios de la Sociedad de Detenidos y de Exiliados Políticos que lo declara, como antaño Herzen, «el libro más inteligente que haya escrito sobre Rusia un extranjero».¹⁵

Extraordinario destino póstumo de un libro que, sin embargo, no está exento de graves defectos. Prescindiendo de las frivolidades moralizantes, así como de las interminables digresiones de salón, es imposible no juzgarlo partidista y parcial. Custine quedó prisionero de sus prejuicios y sobre todo de sus informantes.¹⁶ Profundamente católico, y por eso mismo copartícipe de las recientes amarguras del am-

¹⁴ Véase, en el Dossier, «La acogida de la crítica», p. 409.

¹⁵ Bibliothèque Nationale, 8° M. 23 802.

¹⁶ Véase, en el Dossier, «Los informantes rusos de Custine», p. 401.

biente ya más prevenido, reserva sus dardos más acerbos para la Iglesia ortodoxa, «salida de un palacio para ir a mantener el orden en un campamento» y formada para «ayudar al orden constituido a engañar a la nación». Y aunque, al final de su introducción Custine nos ponga sobre aviso de que, de todos los hechos referidos sin poder observarlos personalmente sólo ha conservado aquellos a «los que el carácter y la posición de las personas que me los contaron daban un sello indiscutible de autenticidad», una fidelidad semejante no le impide situar las fábulas y los rumores en el mismo plano que la información autorizada. Sólo que ésta provenía de un ambiente muy restringido: en particular, de los supervivientes y los herederos de los liberales decembristas, el clandestino Círculo de los Dieciséis que parece evocado en el bello pasaje sobre «algunos hombres» en los que «las arrugas de la juventud revelan padecimientos profundos e inspiran una gran compasión», «que se sonrojan de vergüenza por tener que vivir así sometidos» por «un poder exorbitante que se perjudica a sí mismo [...]: un espíritu de rebelión se incubaba en el Ejército». Tanto es así que la crítica más rigurosa¹⁷ ha podido ver en Custine el instrumento de un grupo de liberales dichosos de poder transmitir sus ideas al extranjero. Aunque esta condescendencia nos proporcione aquí información de una calidad que ha hecho asombrarse a veces hasta a los mismos rusos, no procede tanto de un escrúpulo de indagador como de una cierta indolencia de turista mundano. Custine recibe la imagen que tiene de Rusia de Aleksandr Turguéniev antes incluso de cruzar la frontera, del príncipe Kozlovski a bordo del *Nicolás I*, de Viazemski o de la corte del emperador en San Petersburgo, de sus conversaciones en el Club

¹⁷ Cf. Michel Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle française*, *op. cit.*

Inglés de Moscú: de las capitales y de los notables. Apenas una exigua cuarta parte de ella se basa en una breve incursión a Yaroslavl y a Nizni Nóvgorod, básicamente consagrada a sus recepciones en casa de los Golitsin y del gobernador Buturlin. En pocas palabras, Custine no vio ni la provincia, ni el pueblo. E incluso de la realidad que conoció se le escaparon porciones enteras: nada, o prácticamente nada, sobre Pushkin, Lérmontov y la literatura en general; nada sobre la eslavofilia, algunas de cuyas ideas reprodujo sin comprender la fuerza de la corriente y la enormidad del edificio; nada sobre la hondura del sentimiento religioso, el misticismo y la fe.

Y, sin embargo, el hecho está ahí: *Rusia en 1839* no es sólo un documento para historiadores, sino una obra extraordinariamente viva en su principio activo. Y es que, como dice muy acertadamente George F. Kennan: «Si éste no es un muy buen libro sobre la Rusia de 1839, es indudablemente un libro excelente, el mejor sin duda de todos, sobre la Rusia de Stalin, y un libro que no está nada mal sobre la de Brézhnev y de Kosyguin».¹⁸ Sólo se le puede leer con ojos de hoy. Y entonces en todas sus páginas abundan esas fórmulas que, siendo discutibles en su tiempo, parecen de una verdad clamorosa si se las lee a través de lo que sabemos del régimen estalinista. El fenómeno es tanto más turbador cuanto que, de hecho, no existe ningún rasero común entre los dos sistemas y que la construcción de San Petersburgo y la fortaleza de Pedro y Pablo parecen juegos de niños al lado de la «construcción socialista» y del archipiélago Gulag, aunque la balanza puede parecer en equilibrio entre la rusificación de Polonia y la normalización de

¹⁸ Véase su interesante y original estudio: George F. Kennan, *The Marquis de Custine and his Russia in 1839*, Princeton, Princeton University Press, 1971.

Checoslovaquia. Poco importa: aquí tenemos la descripción y el porqué de los mecanismos, con el tono adecuado y el gran aliento de la indignación. Uno se frota los ojos: el marqués salido de las faldas de Delphine parece haber anticipado en un siglo la crítica del bolchevismo y haber dicho lo que había que decir, o casi todo, antes de Souvarin y Trotski, antes de *El cero y el infinito*, antes de los contestatarios del *samizdat*; y uno encuentra que muchos pasajes de su libro pueden confrontarse con Andréi Amalrik y Márchenko, con Eugenia Ginzburg y Nadiezhda Mandelstam. En esto radica el misterio: ¿cómo se pudo convertir la pesadilla de 1839 en la realidad de 1939 y la cuasi realidad de 1969? Ésta es la cuestión que nos plantea tozudamente este libro. ¿Semejanza real entre las dos épocas? ¿Espejo deformante de la retrospectiva? ¿Y por qué primero este eclipse de cerca de un siglo?

El hecho es que, de las tres fuerzas que iban a repartirse hasta 1917 la historia rusa, a saber, la reacción, el liberalismo y la revolución, Custine no afrontó más que una sola: la primera. La vio en un momento de lo más favorable, en esa Rusia no recuperada aún del traumatismo infligido por el contragolpe que reprimió la insurrección polaca, momento que es uno de los períodos más sombríos del reinado de Nicolás I: cuatro complots a lo largo del invierno, una oleada de conspiraciones en el Ejército y el vasto y terrible levantamiento campesino de Simbirsk. En un trasfondo lejano entrevió la eventualidad de la tercera fuerza, la revolución, no bajo la forma de un levantamiento de masas, sino como el lógico punto en el que un sistema estallaría y se vislumbraría la alternativa al imperialismo: «O el mundo civilizado volverá a encontrarse, antes de cincuenta años, bajo el yugo de los bárbaros, o Rusia sufrirá una revolución más terrible aun que aquella de la que el occidente de Europa acusa todavía los efectos».

Pero tampoco sospechó el empuje de un liberalismo a la occidental, que se manifestaría en la puesta al día del poder, bajo Alejandro II, y luego en la oposición «menor» (constitucional-demócrata), para ocupar el primer plano de la escena de 1905 a 1914. Si la Revolución no hubiera triunfado, el testimonio de Custine no representaría más que el último repertorio, ligeramente retrógrado y triste, de los arcaísmos de una Rusia al borde de la desaparición.

Pero la Revolución tuvo lugar y se tradujo precisamente en una vuelta forzada de todos los arcaísmos. No es que hubiera puesto en evidencia la fuerza inextirpable de una tradición estrictamente rusa, como han querido verla, apropiándose providencialmente de Custine, los críticos de los tiempos de la guerra fría.¹⁹ El desarrollo es muy distinto. La aparente similitud del zarismo a lo Custine y del estalinismo expresa de hecho un doble movimiento interno de la sociedad.²⁰ La esfera del Estado y del gobierno se dilató en la Rusia revolucionaria de forma prodigiosa hasta el punto de invadirlo y controlarlo todo, agotando así las fuentes vivas de la cultura nacional y de la vida rusa. La religión, el mundo campesino, las creaciones artísticas y todas las formas espontáneas de expresión social sobrevivieron, sí, pero atrofiadas, como si fueran desechos putrefactos en las bandas funerarias del poder. Por el contrario, el Estado estalinista parecía convertirse en una inmensa evocación del pasado, desde el ritualismo bizantino hasta el imperialismo petersburgués, pasando por la crueldad mongola, el gran ducado de Moscovia, la locura sanguinaria de Iván el Terrible y el voluntarismo modernizador de Pedro el Gran-

¹⁹ Véase, por ejemplo, el prefacio de Henri Massis a *Lettres de Russie*, París, Le Livre Club du Libraire, 1960.

²⁰ Movimiento sobre el cual Alain Besançon ofrece penetrantes análisis que no hago más que evocar aquí. Cf. «Présent soviétique et passé russe», *Contrepoint*, 14, 1974.

de. Hipertrofia recapituladora de un lado, atraso anémico del otro. Ahora bien, como Custine no vio precisamente la vida rusa—sus críticas eslavófilas le han sido reprochadas, por Jomiákov y Dostoievski en particular—, y en cambio magnificó hasta lo monstruoso su visión del aparato estatal, esta doble deformación—«retorno llamativo de todas las formas de poder, supervivencia frágil y momificada del resto», dice muy bien Alain Besançon—favorece la ilusión óptica actual que parece poner a *Rusia en 1839* en el mismo plano que la Rusia de hoy. Por consiguiente, tanto por lo desmesurado de su tarea como por sus ángulos muertos es por lo que Custine nos da una absoluta impresión de verdad, pero un siglo después. Ni permanencia histórica, ni Rusia eterna: el triunfo póstumo de una caricatura.

Pero un triunfo que no es fortuito. Porque, al fin y al cabo, fue Rusia y no otro país el que se dedicó a observar, y fue él, Custine, y no otro quien en el calor del verano de 1839 sintió, en medio de «un olor a cebolla, col agria y viejo cuero graso», que ese país ocultaba virtualidades volcánicas que la historia había de convertir en una trágica realidad. Hacía falta un genio a lo Goya, así como un despliegue general de la inteligencia y de los sentidos; hacía falta también el valor de decirlo y afrontar de nuevo el escándalo y el oprobio, la censura y la reprobación. Él lo sabía: «Durante tres años he dudado en darlo [mi viaje] a la imprenta [...] Si no estuviera resignado a su injusticia, no imprimiría estas cartas [...] Es un motivo de pesar para mí, pero prefiero lamentarlo a tener remordimientos». En esto es en lo que Custine es grande. Conoce la virtud de las traiciones superiores. Es el primero de nosotros en decir que el buen periodista es el que se va de la lengua y paga las consecuencias. ¡A cuántos reporteros y corresponsales extranjeros no va dirigida su lección hoy en día! El reportaje sincero es el que imposibilita volver al lugar del crimen. Pues hay en to-

INTRODUCCIÓN

das partes del mundo mentiras que denunciar, una verdad histórica que rescatar. Con *Rusia en 1839*, Custine escribió a su manera su *Viaje al fin de la noche*. Tampoco a él se le ha perdonado por ello. El barón de Charlus tiene el final de un Solzhenitsin. ¿Acaso la verdad sobre Rusia ha de salir siempre de la boca de los parias?

PIERRE NORA